

B1C03 — La Forja Riente

Su mano estaba a una pulgada de la empuñadura. Pendía allí, en el silencio absoluto y pesado de la arboleda, un puente entre el ángel que era y la cosa en que podría convertirse. La luz plateada y sin sombras se sentía estéril y vigilante, iluminando el fino temblor de sus dedos extendidos. Contuvo el aliento, un nudo de terror y anhelo apretándosele en las entrañas. Aún podía oír la voz de Gabriel, un recuerdo de amor y razón suplicándole que diera media vuelta. Pero el dolor en su pecho, el vacío frío y hueco, era una necesidad más presente y poderosa que cualquier recuerdo. Una solitaria gota de sudor trazó una línea por su sien, gélida en el aire fresco. ¿Cuál era la mayor traición: abandonar este camino y la victoria que prometía, o abandonar la verdad innegable de su propio vacío?

Hizo un cálculo de soldado, del tipo que había hecho mil veces en mil campos de batalla. Una vida, sopesada contra un reino. Su propia alma, un precio digno por poner fin a la guerra. Enmarcó conscientemente la decisión no como un deseo personal, sino como su deber último y más profundo. El temblor de su mano cesó. La luz de la hoja pareció pulsar en respuesta, un latido lento y constante que lo atraía mientras el olor a ozono se agudizaba en el aire inmóvil. Apretó la mandíbula. Exhaló el aliento que había estado conteniendo, una voluta visible que se disolvió en el aire fresco. Sus ojos, antes llenos de duda, se enfocaron ahora en la empuñadura con una sombría resolución. Una calma fatalista lo inundó, ahogando el terror. La pregunta ya no era *si*, sino *qué vendría después*.

Cubrió la última pulgada.

En el momento en que su piel hizo contacto, el mundo se quebró. La sensación física era absolutamente anómala, desafiando toda expectativa. Las lecciones de Iofiel sobre reliquias divinas destellaron en su mente: armas forjadas en fuego sagrado, bendecidas con himnos de propósito, imbuidas con la calidez de la Palabra Divina. Esto no era nada de eso. La empuñadura no era cálida ni fría, ni metal ni luz. Era una sensación de presencia absoluta, un concepto hecho forma. El silencio de la arboleda fue destrozado por un *chasquido* interno y mudo que pareció partirle el alma. La luz plateada de la arboleda parpadeó violentamente, y un jadeo agudo e involuntario fue arrancado de sus pulmones. Sus músculos se agarrotaron, sus dedos se fusionaron con la empuñadura, incapaz de apartarlos. No era dolor, sino una onda expansiva de poder inmenso y en bruto, una corriente que le subió por el brazo hasta el núcleo de su ser. ¿Qué había tocado?

El mundo no se desvaneció; fue violentamente arrancado. Un momento de pánico puro se apoderó de él. *Gabriel tenía razón. Era una trampa.* Pero la sensación no era demoníaca. Era más antigua, más vasta y completamente indiferente a su terror. Los árboles plateados se estiraron y deformaron como cera derretida. El

suelo se desvaneció, no hacia la oscuridad, sino hacia una cacofonía chirriante de color y luz. El olor a ozono fue consumido, reemplazado por el olor imposible de estrellas al templarse y de posibilidad pura e indómita. Su cuerpo estaba paralizado, un mero recipiente para la experiencia. Su boca se abrió en un grito silencioso mientras el mundo que conocía era despojado de sus sentidos, dejándolo como un único punto de consciencia a la deriva en un mar de violencia cósmica. Ya no era un arcángel en una arboleda. No estaba en ninguna parte.

Y entonces, estaba en alguna parte. Un lugar de escala y calor imposibles. Percibió el calor opresivo y aplastante de una estrella moribunda y oyó el zumbido grave y profundo de una nebulosa colapsando sobre sí misma. No había arriba ni abajo, ni suelo ni cielo, solo un punto focal de energía inimaginable. Intentó encontrar un paralelismo en los mitos de la Creación del Cielo, los versos solemnes y ordenados que conocía desde su propia creación, pero no lo había. Este lugar no tenía Palabra Divina, ni un gran plan que se desarrollara según un texto sagrado. Esto era puro e desenfrenado *acto*. Era un observador incorpóreo, una mota de polvo en un huracán, atraído inexorablemente hacia el centro del caos. Estaba presenciando el nacimiento de un poder que precedía a toda su especie, y una profunda sensación de su propia insignificancia lo invadió.

Vio las herramientas de esta creación, y su mente táctica, que había analizado la logística de mil guerras, simplemente falló. La lógica era demasiado vasta. Las herramientas no eran herramientas en absoluto, sino fuerzas fundamentales del universo, esgrimidas con una facilidad casual y aterradora. Percibió un agujero negro, un punto de nada absoluta, siendo usado como yunque. Una onda de gravedad pura, visible como una distorsión trémula en el espacio, se abatía como un martillo, plegando la luz sobre sí misma, una y otra vez. Su punto de vista fue forzado a seguir el ritmo de los martillazos, cada impacto enviando un estremecimiento a través de su consciencia. Un pavor creciente lo llenó. El poder que se exhibía no solo era inmenso; era fundamentalmente amoral. Usaba las leyes de la física como juguetes. Esto no era forja; era una forma de juego cósmico.

Entonces llegó la risa. Resonaba al compás de los martillazos gravitacionales, y era la fuente de toda la anomalía que había sentido en la arboleda. No era sonido como él lo conocía, sino una oleada de júbilo puro e irreverente que saturaba la visión. Era cálida, aterradora y completamente ajena. La Creación, como le habían enseñado, era un acto solemne y deliberado, nacido del amor y la voluntad divina. Esta risa era gozosa, pero no contenía amor, ni piedad, ni justicia. Era el sonido de un poder que se deleitaba únicamente en su propia existencia, en la pura y absoluta emoción de su propio acto. Sintió un eco involuntario de la risa en su propia mente, un júbilo fantasma que se sentía como una violación. El pavor cristalizó en terror. Estaba presenciando el nacimiento de su salvación a manos de algo a lo que no le importaba si era salvado o condenado. ¿Qué clase de dios ríe así?

Vio el material para la hoja reunido: la luz de una supernova extinta se vertía como metal líquido en un molde hecho del propio espaciotiempo. La risa se agudizó con concentración mientras la luz era martilleada contra el agujero negro, plegada y dotada de un filo único, perfecto e inflexible. Fue forzado a presenciar cada pliegue, sintiendo la intención detrás de la creación: no ser una herramienta, sino ser una declaración final e irrefutable. Y en ese momento, comprendió la atracción, el vacío en su propia alma. La espada no fue forjada para *servir* a una verdad; fue forjada para *ser* una verdad, sobrescribiendo a todas las demás. No combatía el caos; simplemente lo reemplazaba con un orden perfecto, estéril y absoluto. Le repelía el proceso amoral, pero la promesa de esa certeza final era embriagadora.

La visión culminó con la hoja terminada sostenida en alto, pulsando con una luz que contenía el eco de la risa de su hacedor. La forja a su alrededor se desvaneció, dejando solo la espada y su propósito impartido suspendidos en el vacío. Y su verdad se asentó en su alma, no como un pensamiento, sino como un recuerdo que siempre había tenido y simplemente había olvidado. Toda su vida se había centrado en el propósito, la causa y el plan Divino. Esta arma no tenía nada de eso. Era una obra maestra sin mensaje, una respuesta sin pregunta. Era un acto cósmico de arte, no de guerra, forjado por el puro gozo del acto en sí. La clave de su victoria no era un regalo de su Dios, sino un objeto encontrado de un poder olvidado y riente. La desilusión era un peso frío y físico. ¿En qué convertía eso su cruzada?

El regreso fue tan violento como la partida. Se sintió precipitarse hacia atrás por un túnel de luz rota y sonido fracturado. El repentino y opresivo silencio de la arboleda lo golpeó de nuevo, y el aire frío y húmedo fue un shock contra su piel. El olor a ozono era agudo, casi doloroso. Sufrió una convulsión y su cuerpo golpeó la tierra húmeda con un ruido sordo. Tomó una bocanada de aire enorme y entrecortada, tosiendo mientras sus pulmones recordaban cómo funcionar. Sentía su espíritu estirado, como si lo hubieran forzado a pasar por el ojo de una cerradura. La desorientación y las náuseas lo invadieron. Sus pensamientos eran un revoltijo de imágenes cósmicas y la realidad mundana del suelo bajo él. La risa aún resonaba. ¿Era real? ¿Lo era algo de aquello?

Se irguió, con movimientos rígidos y torpes. Estaba de rodillas, con la mano aún apoyada en la empuñadura de la espada. Se miró los dedos, flexionándolos uno por uno, confirmando que era real, que estaba de vuelta en su propio cuerpo. La luz plateada de la arboleda parecía más tenue ahora, o quizás sus ojos simplemente se estaban ajustando a una realidad menor. El silencio se sentía menos pacífico y más vacío. La empuñadura bajo sus dedos era ahora solo metal frío y liso. Intentó racionalizar lo que había visto como una prueba demoníaca, un truco de la mente. Pero el recuerdo de la risa se sentía más real que el suelo bajo sus rodillas. No podía desaprender lo que había visto. Un agotamiento profundo, hasta los huesos, se apoderó de él, pero debajo, una energía frenética y vibrante

corría por sus venas. La risa fantasma le cosquilleaba en el borde mismo de su oído.

A pesar del terror de la visión, la promesa de la espada era ahora más potente que nunca. La risa había sido amoral, sí, pero también había sido *gozosa*. El acto de creación había sido absoluto. La espada prometía poner fin a su duda, su dolor, su vacío con esa misma certeza absoluta. La luz de la espada pareció pulsar suavemente en respuesta a sus pensamientos, un zumbido suave y atrayente que le subió por el brazo. Su mirada se suavizó. Su agarre en la empuñadura, que había sido un ancla desesperada, se volvió posesivo. Una poderosa oleada de anhelo lo invadió. El terror retrocedió, reemplazado por un anhelo desesperado por la plenitud que la espada ofrecía. ¿Qué no daría por sentirse así de completo?

Entonces el coste regresó, una nueva punzada de miedo existencial, más fría y aguda que antes. Se dio cuenta de que aceptar la «plenitud» de la espada significaba que su propia identidad, su propia voluntad, fuera completamente sobrescrita por su propósito ajeno. La risa del hacedor no dejaba espacio para otras voces. El propósito de la espada era singular. Empuñarla era convertirse en su instrumento. El Miguel que empuñara la espada sería simplemente una extensión de esa alegría amoral y creativa. Él desaparecería. No condenado, sino borrado. La luz plateada de la arboleda ahora parecía fría y clínica. El silencio se sentía como el silencio de una tumba. El pulso de la espada se sentía menos como un latido y más como una cuenta atrás. Instintivamente, comenzó a retirar la mano, pero se detuvo. Su respiración se volvió superficial. Miró de la espada a su propio reflejo vacilante en su superficie pulida. ¿Merece la victoria la aniquilación?

El mundo pareció reducirse solo a su mano y la empuñadura. Todos los demás estímulos sensoriales —la luz, el frío, el silencio— se desvanecieron en el fondo. Pensó en el Cielo, en la guerra interminable y desgastante, en los rostros de los ángeles que habían muerto bajo su mando. Vio su fe, su sacrificio. Su sufrimiento personal, incluso la aniquilación de su propia alma, parecía pequeño en comparación. La elección se volvió clara de nuevo, pero ahora comprendía el verdadero y terrible precio. Cerró los ojos por un largo momento. Una sola lágrima se escapó y trazó un camino limpio a través de la mugre de su mejilla. Abrió los ojos, y la duda había desaparecido, reemplazada por una certeza exhausta e inquebrantable. El conflicto había terminado. Sintió el profundo pesar de llorar su propio ser, incluso mientras elegía sacrificarlo. ¿Qué es un alma frente a un reino?

Un último y silencioso adiós al ángel que fue. Un juramento al arma en que estaba a punto de convertirse. *Que valga la pena*. La espada respondió a su decisión. Un bajo zumbido comenzó a emanar de ella, un sonido de despertar, de aceptación. La luz en su interior se intensificó, pulsando con un ritmo constante y seguro. Sus dedos, uno por uno, se cerraron firmemente alrededor de la empuñadura. Sus

nudillos se pusieron blancos. Era el agarre de un soldado que sostiene su arma por primera vez, un agarre que no se rompería. Sintió que cruzaba un umbral. Ya no había miedo, ni duda, solo el propósito frío y claro de la acción que estaba por venir.

Se puso en pie, sus movimientos ya no eran cansados, sino fluidos y seguros. Ya no pensaba en la espada como un don o una maldición, sino como un hecho. Una nueva ley de su propia realidad. No la serviría ni lucharía contra ella; él se *convertiría* en ella, y a través de ella, traería un final absoluto a la guerra. El zumbido de la espada creció, resonando con el vacío de su pecho, llenándolo no con calidez, sino con un propósito frío y perfecto. La luz plateada de la arboleda pareció curvarse hacia la hoja, como si rindiera tributo. El aire crepitaba con energía potencial. Sostuvo la espada ante él, todavía anidada en el hueco del gran fresno, pero su postura era la de un rey reclamando su trono. Había tomado su decisión. El coste era conocido y aceptado. Sintió una paz profunda y aterradora asentarse sobre él. Estaba listo para lo que viniera después.